

**EL PRÓXIMO AÑO**  
*en* **LA HABANA**  
**CHANEL CLEETON**

TRADUCCIÓN: *Álvaro Abella*



**MAEVA**

# Carta a mis lectores

## QUERIDOS LECTORES:

En octubre de 1967, mi padre y mis abuelos salieron de Cuba y llegaron a Estados Unidos como exiliados. No sabían cuánto tiempo iban a pasar fuera de la isla, pero tras vivir ocho años bajo el régimen de Fidel Castro, con el hambre, la violencia y el miedo como parte de sus vidas, quedarse en La Habana ya no era una opción.

Cincuenta años después, mi familia está asentada en Estados Unidos. Lo que mis abuelos contemplaban como un exilio temporal se convirtió en uno permanente. Mi abuela falleció sin poder regresar a la isla que tanto añoraba y sus cenizas siguen aguardando que las llevemos a una Cuba libre.

En el exilio, mis abuelos recrearon su propia versión del país, que se convirtió en la columna vertebral de nuestras tradiciones y legado familiar. Mientras me hacía mayor, Cuba fue una parte importante de mi vida cotidiana. Las historias que contaba mi familia, el idioma que hablábamos, la música que escuchábamos, la comida, la esperanza de regresar algún día, se imprimieron en mí desde una edad temprana. Después de que mi familia se exiliara, estudié atentamente los viejos documentos y fotografías que a lo largo de los años nuestros amigos habían sacado a escondidas de la isla, algunas dentro de fundas de carretes, con la esperanza de que el gobierno no las abriera y se dañara la película. Esas historias, esos recuerdos, esa versión de Cuba alimentada en el exilio que me ofreció mi familia, se convirtió en los cimientos de **EL PRÓXIMO AÑO EN LA HABANA**.

Escribir esta novela me ha dado la oportunidad de examinar mi legado, de rendir homenaje al pasado y de mirar con ojos esperanzados hacia un futuro más brillante para Cuba y para su pueblo. A veces tenía la impresión de que el libro devolvía a mi abuela a la vida, al sumergirme en la versión de Cuba que ella tanto amó. Sentí rabia al investigar sobre las dificultades que atraviesa la Cuba actual, y frustración ante el clima político, pero, por encima de todo, sentí orgullo de ser cubana y de compartir un legado de valentía, ingenio y, sobre todo, esperanza.

Muchos de nosotros estamos aquí como consecuencia de los sacrificios de nuestros antepasados. Espero que este libro honre esa valentía y que inspire a otros para que reflexionen sobre el lugar de donde vienen y cómo esas raíces les han hecho ser quienes son. Gracias por dejarme compartirlo con vosotros.

¡Feliz lectura!

Chanel Cleeton



## ELISA

La Habana, 1959

—¿CUÁNTO TIEMPO VAMOS a pasar fuera? —pregunta mi hermana María.

—Una temporada —respondo.

—¿Dos meses?, ¿seis meses?, ¿un año?, ¿dos?

—Calla. —La obligo a avanzar con un empujón mientras recorro con la mirada el vestíbulo de salidas del aeropuerto Rancho Boyeros para ver si alguien la ha oído.

Estamos en una fila, las famosas —o infames, dependiendo de a quién preguntes— hermanas Pérez. Isabel, la mayor del grupo, en cabeza. No habla, la mirada fija en su prometido, Alberto, que con el rostro pálido contempla como nos vamos de la ciudad que una vez tuvimos arrodillada a nuestros pies.

Beatriz es la siguiente. Al caminar, la tela azul claro adornada con encaje de su mejor vestido revolotea alrededor de sus pantorri-llas y parece como si todo el aeropuerto contuviera a la vez la respiración. Es la guapa de la familia y lo sabe.

Yo voy detrás, las rodillas temblorosas bajo la falda, cada paso me supone un esfuerzo importante.

Y luego está María, la última de las reinas del azúcar.

A sus trece años, María es demasiado joven para comprender que debemos hablar en voz baja, es capaz de no prestar atención a los soldados con sus uniformes verdes y sus armas colgadas del hombro, que sujetan con ansiedad. María sabe el peligro que

entrañan esos uniformes, pero no tan bien como lo sabemos las demás. No hemos podido librarnos del dolor que ha asolado a nuestra familia, ni de su implacable espiral, pero hemos hecho todo lo posible por protegerla de la barbaridad que hemos sufrido. María no ha escuchado los gritos de los prisioneros encerrados en jaulas como animales en La Cabaña, la prisión que ahora dirige ese monstruo argentino. No ha visto la sangre cubana derramada en el suelo.

Pero nuestro padre, sí.

Papá se gira y le manda callar con una mirada, una que rara vez utiliza pero que tiene una efectividad tremenda. Durante la mayor parte de nuestra vida, mi padre ha dejado la crianza de sus hijas en manos de nuestra madre y nuestra niñera, Magda, pues estaba demasiado ocupado con la fábrica de azúcar y la política. Pero estos son tiempos extraordinarios, los riesgos son mayores que nunca. Nada gustaría más a Fidel que convertir a Emilio Pérez y su familia en un ejemplo, la quintaesencia de todo lo que su revolución quiere destruir. No somos la familia más rica de Cuba, ni la más poderosa, pero la estrecha relación entre mi padre y el anterior presidente es imposible de ignorar. Hasta las palabras inocentes de una muchacha de trece años podrían resultar mortales en este ambiente.

María se calla.

Nuestra madre camina detrás de papá, con la cabeza bien alta. Se empeñó en que nos pusiéramos nuestros mejores vestidos, sombreros y guantes, y que nos peináramos hasta que nos brillara el pelo. Sus hijas tienen que ir siempre impecables, incluso al exilio.

Desafiante en la derrota.

Puede que no hayamos combatido en las montañas, que nuestras manos enguantadas no hayan empuñado un arma, pero en cada una de nosotras hay una batalla. Una lucha que Fidel ha prendido como una llama que nunca se apagará. Por eso caminamos hacia la puerta de embarque con nuestros vestidos favoritos, en una demostración del orgullo y pragmatismo cubanos. Es nuestra forma de llevárnoslos, aunque les falten las joyas que normalmente los adornan. Lo que queda de nuestro joyero está enterrado en el patio trasero de nuestra casa.

Para cuando volvamos.

Ser cubano significa ser orgulloso. Es a la vez nuestro mayor don y nuestra mayor maldición. No servimos a ningún rey, no agachamos la cabeza, cargamos con los problemas a nuestras espaldas como si no fueran nada. Esto es todo un arte, ya ves. El arte de aparentar que todo es fácil, que tu mundo está recubierto de oro, cuando la realidad es que debajo del vestido de seda te fallan las rodillas por el peso de las cosas. Caminamos envueltas en seda y encaje, pero por debajo somos de acero.

Intentamos mantener la ficción de que esto solo son unas vacaciones, un pequeño viaje al extranjero, pero las miradas que nos siguen por el aeropuerto saben la verdad...

Beatriz cierra los dedos sobre los míos por un breve instante. Esos centinelas vestidos de verde oliva vigilan todos nuestros movimientos. Hay algo reconfortante en el miedo de mi hermana, en esa grieta en la fachada. No la suelto.

El mundo tal y como lo conocíamos ha muerto y no reconozco el que ha ocupado su lugar.

Una sensación de desesperanza reina en el vestíbulo de salidas. Se puede ver en los ojos de los hombres y las mujeres que esperan para embarcar en el avión, en el gesto cansado de sus hombros, en la conmoción grabada en sus rostros y en las posesiones que aferran entre las manos. Está presente en los niños tristes, en sus risas apagadas por la miasma que se ha adueñado de todos nosotros.

Antes esto era un lugar feliz al que veníamos a recibir a nuestro padre cuando volvía de un viaje de negocios. Hace apenas tres años estábamos sentadas en estos mismos asientos, llenas de emoción ante la perspectiva de irnos de vacaciones a Nueva York.

Nos sentamos, apelotonadas, Beatriz a un lado de mí, María al otro. Isabel se sienta aparte, dejando que su dolor le cubra los hombros como un mantón. Aquí hay distintos grados de pérdida, el peso de lo que dejamos atrás es inexorable.

Mis padres se sientan cogidos de la mano, una de las escasas muestras físicas de afecto que les he visto realizar, con la preocupación en los ojos, el dolor en el corazón.

¿Cuánto tiempo vamos a pasar fuera? ¿Cuándo volveremos?  
¿Qué versión de Cuba nos recibirá cuando lo hagamos?

Llevamos ya horas aquí, los segundos se arrastran con una lentitud interminable. Me pica el vestido y un fino hilo de sudor resbala por mi nuca. Las náuseas me revuelven el estómago y tengo un regusto amargo en la boca.

—Voy a vomitar —murmuro a Beatriz.

Mi hermana me aprieta los dedos.

—No, ya lo verás. Ya casi estamos.

Contengo las náuseas y me concentro en mirar fijamente el suelo que tengo delante. El peso de las miradas es incisivo y afilado, y al mismo tiempo es como si existiéramos en un vacío. Ha desaparecido el sonido de la sala excepto por algún ocasional roce de ropas o un lamento extraviado. Existimos en un estado de purgatorio, esperando, esperando...

—Hora del embarque...

Mi padre se levanta del asiento y le crujen las articulaciones; ha envejecido años en los casi dos meses desde que el presidente Batista huyera del país, desde que soplaran los vientos de la revolución procedentes de Sierra Maestra en dirección a nuestro rincón de la isla. Emilio Pérez en su momento era reverenciado como uno de los hombres más ricos y poderosos de Cuba; ahora poca cosa diferencia a mi padre del señor que tiene sentado enfrente en el pasillo, del caballero que hace cola ante la puerta. Ahora todos somos ciudadanos sin país, huérfanos de las circunstancias.

Estiro el brazo y con la mano que tengo libre tomo la de María.

Mi hermana guarda silencio, como si finalmente hubiera asimilado la realidad. Todas guardamos silencio.

Avanzamos con la cola, taciturnas y reticentes, caminando por el asfalto. Hoy no corre brisa, el calor cae a plomo sobre nosotros mientras arrastramos los pies, el sol nos golpea en la espalda, el gigantesco avión aparece ante nosotros.

No puedo hacer esto. No puedo irme. No puedo quedarme.

Beatriz tira de mí, la fila de chicas Pérez avanza y yo las sigo.

Subimos al avión con un paso incómodo, el silencio crepita y restalla mientras los susurros dan paso a voces más altas y una cacofonía de sollozos inunda la cabina. Llantos. Ahora que hemos abandonado el vestíbulo de salidas, la fachada de urbanidad se desprende y deja al descubierto algo sin barnices y crudo...

La pena.

Elijo asiento de ventanilla y miro por el fino cristal con la esperanza de ver algo mejor que la terminal del aeropuerto, con la esperanza...

Nos alejamos de la puerta con una sacudida y un temblor, y el silencio se adueña de la cabina. En un suspiro, estoy otra vez en Fin de Año, en el salón de la casa de los amigos de mis padres, con una copa de champán en la mano. Me estoy riendo de todo corazón. El miedo acecha como telón de fondo, miedo e incertidumbre, pero también siento la esperanza.

En cuestión de minutos, todo mi mundo cambió.

«¡El presidente Batista ha huido del país! ¡Viva Cuba libre!»

¿Esto es libertad?

El avión aumenta la velocidad conforme avanzamos por la pista. Mi cuerpo se sacude con el movimiento y me rindo. Saco la bolsa del bolsillo que hay en el asiento de delante y vacío el contenido de mi estómago.

Beatriz me acaricia la espalda mientras permanezco encorvada. Las ruedas se despegan de la tierra y nos elevamos hacia el cielo. Las náuseas vuelven, una y otra vez, un deshonesto regalo de despedida y, cuando por fin levanto la vista, me saluda una sorprendente descarga de azul y verde. Tengo la paleta de un artista a mis pies.

Cuando Cristóbal Colón llegó a Cuba, la describió como la tierra más hermosa que jamás hubieran visto ojos humanos. Y lo es. Pero hay algo más que mar, montañas y cielos despejados. Hay muchas más cosas que ahora dejamos atrás.

¿Cuánto tiempo vamos a pasar fuera?

¿Un año?, ¿dos?

Ojalá.



## MARISOL

Enero de 2017

Cuando era niña, le pedía a mi abuela que me hablara de Cuba. Era una isla mítica que habitaba en mi corazón, formada por completo a partir de la versión del país que mi abuela creó durante su exilio en Miami y de las historias que me contaba. Yo vivía atrapada entre dos tierras —dos caras de mi ser—, una en la que habitaba en carne y hueso, y otra que vivía en mis sueños.

Nos sentábamos en el salón de la amplia mansión de mis abuelos en Coral Gables y la abuela me enseñaba fotos viejas que osados miembros de la familia habían sacado a escondidas del país, y tejía historias sobre su vida en La Habana y las aventuras de sus hermanas, dibujando un retrato de una tierra que existía en mi imaginación. Sus historias olían a gardenia y jazmín, sabían a banano y mamey, y siempre estaba el sonido de su viejo tocadiscos. Cada vez que terminaba una historia, sonreía y me juraba que algún día lo vería con mis propios ojos, que volveríamos a lo grande, para reabrir la propiedad de la familia en la costa, en Varadero, y la elegante mansión que ocupaba casi un bloque entero en una calle de tres carriles en La Habana.

«Cuando muera Fidel, volveremos. Ya lo verás.»

Y por fin, tras casi sesenta años de expectación para los cubanos, de falsas alarmas y bulos, Fidel murió, apenas unos meses después que mi abuela. La noche en que murió, mi familia descorchó una botella de champán que mi bisabuelo había comprado para la ocasión casi sesenta años atrás y brindamos por el fallecimiento de Castro con nuestro estilo inimitable. El champán, por desgracia, no estaba en su mejor momento, igual que el propio Fidel, pero estuvimos de parranda en la Calle Ocho de Miami hasta que salió el sol, y aun así...

Aun así seguimos aquí.

Su muerte no borró casi sesenta años de exilio ni garantizó un futuro en libertad. En vez de eso, ahora mismo estoy colando las cenizas de mi abuela ocultas en mi maleta, escondidas en tarros en

mi bolsa de aseo, para cumplir su último deseo, que me confesó mientras rezábamos, esperábamos y confiábamos en que cambiaran las cosas.

«Cuando me muera, llévame a Cuba. Esparce mis cenizas sobre la tierra que amo. Ya sabrás dónde.»

Y ahora, sentada en el avión en algún punto entre Ciudad de México y La Habana, armada con una agenda llena de nombres de calles y lugares que visitar, y una guía que me compré por Internet, no tengo ni idea de dónde debo dejar que reposen sus restos.

El testamento de mi abuela se leyó hace seis meses ante treinta familiares sentados en una sala de reuniones en el despacho de nuestro abogado en Brickell. Allí estaban sus hermanas, Beatriz y María. Isabel falleció el año pasado. Sus hijos vinieron con sus parejas y sus niños a presentar los respetos de las siguientes generaciones. Luego estábamos mi padre, único hijo de mi abuela, mis dos hermanas y yo.

Los apartados principales de su testamento eran bastante claros, no se podían esperar grandes sorpresas. Mi abuelo había fallecido dos décadas antes y legó el negocio familiar del azúcar a mi padre para que lo dirigiera. Estaba la casa de Palm Beach, que fue para mi hermana Daniela. La granja de Wellington y los caballos fueron para mi hermana Lucía, la mediana. Y yo acabé con la casa de Coral Gables, el lugar de tantos viajes imaginarios a Cuba.

Había herencia en metálico y obras de arte, listas y listas de artículos que el abogado fue leyendo con un tono prosaico. Sus palabras eran recibidas con alguna lágrima ocasional o exclamaciones de gratitud. Y entonces llegó su voluntad final...

Se supone que los abuelos no deben tener nietos favoritos, pero mi abuela jamás siguió las reglas de los demás. Quizá se deba al hecho de que llegué al mundo dos meses antes de que mi madre pillara a mi padre en la cama con una heredera de los barones del caucho. Lucía y Daniela vivieron años de unidad familiar antes del gran divorcio, y después de aquello, mantuvieron un vínculo con mi madre que yo nunca logré alcanzar. Mis primeros años pasaron entre sesiones de estrategia en los despachos de abogados

e idas y venidas de una casa a otra, hasta que finalmente mi madre se lavó las manos y regresó a España, dejándome al cuidado de mi abuela. Así que quizá por haber sido yo la hija que nunca tuvo y por haberme criado como si fuera suya, tenía sentido que me hiciera a mí este encargo...

Nadie en la familia lo cuestionó.

De sus hermanas, recibí una lista de direcciones que incluía la propiedad Pérez en La Habana y la casa de la playa que nadie ha visto desde hace más de cincuenta años. Me pusieron en contacto con Ana Rodríguez, la mejor amiga de la infancia de mi abuela. A pesar del tiempo que ha pasado, ha tenido la cortesía de ofrecerme alojamiento durante la semana que voy a estar en Cuba. Tal vez pueda iluminarme un poco sobre el lugar que debería buscar para el descanso final de mi abuela.

Siempre quisiste conocer Cuba y me apena mucho que no hayamos podido hacerlo estando yo en vida. Me consuela, al menos, imaginarte paseando por el Malecón, con el agua salada salpicándote el rostro. Te imagino arrodillada en los bancos de la catedral de La Habana, sentada en una mesa del Tropicana. ¿Te he contado alguna vez lo de la noche en que nos escapamos y fuimos al club?

Siempre soñé que Fidel moriría antes que yo, que podría volver a mi casa. Pero ahora mi sueño es diferente. Soy una anciana y he terminado aceptando que nunca volveré a ver Cuba. Pero tú sí.

Estar en el exilio supone que te arrebaten las cosas que más quieres en el mundo: el aire que respiras, la tierra sobre la que caminas. Existen al otro lado de un muro, están y no están, inalteradas por el tiempo y las circunstancias, conservadas en un perfecto recuerdo en un país de sueños.

Mi Cuba ya no existe, la Cuba que te he dado a lo largo de los años se la llevaron los vientos de la revolución. Ha llegado el momento de que descubras tu propia Cuba.

Las letras se emborronan y me guardo la carta en el bolso. Han pasado seis meses, pero el dolor sigue ahí, intensificado por los

momentos en los que siento más aguda su pérdida, momentos en los que ella debería estar a mi lado y no lo está.

La imagen de los merenguitos que me preparaba en los momentos especiales; su sabor azucarado, que se me disolvía en la lengua en una nube de polvo blanco; los sonidos de mi infancia—nuestros iconos musicales: Celia Cruz, Benny Moré y el Buena-vista Social Club— y ahora este, las ruedas del avión al posarse en tierra cubana.

Echo de menos a mi abuela.

Las lágrimas corren por mis mejillas. No es solo su ausencia; es esta sensación de conexión cuando el avión avanza por la misma pista por la que ella se marchó de Cuba hace casi sesenta años.

Miro por la ventanilla para darme el gusto de echar mi primer vistazo al Aeropuerto Internacional José Martí. A primera vista, se parece a los incontables aeropuertos caribeños a los que he volado en vacaciones a lo largo de mi vida. Pero por debajo de todo hay una nota de identificación y una emoción que me recorre. Se me escapa un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración y por fin soltara todo el aire.

Es esa sensación que tienes cuando vuelves a casa después de haber pasado mucho tiempo fuera. La imagen —familiar y cambiada al mismo tiempo— de tu hogar te recibe nada más cruzar la puerta y soltar tu equipaje en el suelo, y sabes que ya está, se ha acabado el viaje. Miras a tu alrededor, reconoces todo lo que dejaste y piensas...

«Estoy en casa.»

## 2

DESCIENDO DEL AVIÓN y avanzo por el aeropuerto con mi equipaje firmemente aferrado en la mano. Durante toda mi vida Cuba ha sido ese ente mítico, en ocasiones tangible, en otras una efímera presencia alejada de mi alcance. Pero ahora es real, y aunque el vestíbulo de llegadas no tiene nada de romántico ni de glamuroso, la emoción me embarga.

Por desgracia, la magia del momento se ve atenuada por el tedio del tiempo. Los minutos pasan, tardo casi una hora en llegar al final de la cola de inmigración. Me fijo en el número de agentes de fronteras sentados tras los mostradores, la calma con la que procesan a los turistas que tengo delante. Oficialmente, estoy aquí con un visado de prensa para escribir un artículo para la revista *online* de viajes con la que colaboro en Miami. Un artículo sobre el turismo en Cuba ahora que se han suavizado las restricciones. Se lo vendí a mi editor como una serie compuesta por varias entregas centradas en presentar Cuba a los estadounidenses y cerré el acuerdo cuando me ofrecí a financiarme yo misma el viaje. Extraoficialmente, por supuesto, las cenizas de mi abuela van en mi maleta.

Existe un procedimiento para que los exiliados puedan regresar para recibir sepultura en Cuba, pero tras hablar con algunos miembros de la familia que se habían enfrentado a las mismas circunstancias —rechazo, papeleo e intervención del Gobierno—, esta me pareció la vía más sencilla, la misma por la que muchos cubanos optan cada año. Mientras introduzco clandestinamente a mi abuela en el país, juro que puedo sentir cómo me mira y sonrío, encantada de colar algo en el régimen al que tanto odiaba.

Llevo todos mis papeles y el visado en la mano mientras la cola de inmigración avanza lentamente y rezo para que mi urna improvisada pase sin problemas.

Enseño mis documentos al agente con el corazón en un puño mientras respondo a sus preguntas en español, el idioma que llevo hablando toda mi vida. Hay una extraña separación aquí, la sensación de que estamos conectados —somos compatriotas—, pero no. A pesar de tener una madre española-americana, siempre me he considerado más cubana que otra cosa, y en Miami eso nunca ha supuesto un problema. Mis abuelos son cubanos, mi padre es cubano, así que yo soy cubana. ¿Pero aquí importará que mi piel sea más clara que la de la mayoría de los habitantes del país?, ¿que mi sangre no sea del todo cubana? ¿Aquí soy una extranjera o la ascendencia que tengo es suficiente?

El hombre me indica que me acerque y avanzo hecha un manojo de nervios al colocar mi equipaje de mano y las cenizas de mi abuela en la máquina de rayos X para que los agentes cubanos se aseguren de que no meto nada de contrabando en el país. La cinta chirría y suspira mientras mi maleta circula por ella. Contengo la respiración...

Paso la máquina de rayos X y espero, convencida de que en ese momento van a marcar mi maleta, y en mi mente veo que me conducen a una sala de interrogatorios sin ventanas en un rincón del aeropuerto. El mero hecho de que viajar a Cuba como turista siga estando prohibido para los estadounidenses demuestra lo impredecible de esta situación, la realidad de que me estoy aventurando en aguas cenagosas y territorio desconocido.

Aunque nadie cuestionó la voluntad de mi abuela de que sus cenizas fueran esparcidas en Cuba, ni su decisión de encargarme a mí la tarea, mi viaje fue recibido con cautela por la familia, sobre todo por aquellos que habían tenido experiencias de primera mano con el régimen.

«Jamás olvides dónde estás —me previno Beatriz—. Los derechos que tienes aquí desaparecerán en cuanto aterrices en La Habana. No lo olvides.»

Mi tía abuela María me mandó correos electrónicos diarios llenos de noticias e información para viajeros del Departamento de Estado en las semanas previas a mi partida. Acuden a mi mente las palabras de dicho departamento: «Pueden detener a cualquiera en cualquier momento... si infringe las leyes locales aunque las desconozca... arresto... encarcelamiento...».

Nada como un posible encarcelamiento aleatorio para infundirte miedo. No dudo que Cuba sea diferente de cualquier otro lugar al que haya viajado antes, pero al mismo tiempo me cuesta conciliar las imágenes que he visto en la televisión y en las noticias a lo largo de los años —coches antiguos de relucientes colores, olas que rompen contra la orilla y arquitectura romántica— con el crudo retrato del que mis tías abuelas me previenen.

Mis tías abuelas son muy protectoras conmigo y con mis primos, pero cuando hablan de Cuba surge otro nivel de miedo, uno que insinúa horrores innombrables cuyo impacto no ha disminuido con el tiempo. He intentado explicarles que ahora las cosas son distintas, que ya no estamos en 1959, que la Revolución ha terminado, que la embajada de Estados Unidos ha reabierto en La Habana y que hemos entrado en una nueva época en las relaciones cubano-estadounidenses.

Nada de lo que les dije calmó la preocupación en sus ojos, y cuando María insistió en que me llevara su rosario guardado en la maleta, dado el riesgo que iba a correr con lo de las cenizas, no protesté. No me vendrá mal un poco de suerte adicional.

Arrastro los pies por la fila de viajeros.

«Dejad que pase mi abuela y prometo no meterme en líos en lo que queda de viaje.»

No puedo separar la mirada de la máquina de rayos X.

Otro agente me hace un rápido gesto con la cabeza y recojo el bolso de la cinta una vez que ha pasado, con un coro de aleluyas inundándome mientras avanzo por el aeropuerto.

Recojo el resto de mis maletas en la zona de equipajes y paso la aduana. Los nervios se apaciguan a cada paso que doy, mi incomodidad se convierte en una emoción semejante a la de la víspera de Navidad. Llevo toda mi vida esperando este momento.

Salgo del aeropuerto y echo mi primer vistazo real a La Habana, respiro por primera vez el aire de Cuba. Corre una ligera brisa, pero por debajo la humedad me golpea con fuerza. El pelo se me empieza a pegar a la nuca. Enero en La Habana se parece bastante al enero de Miami. Busco en el bolso las gafas de sol y me las llevo a la cara.

La calle es animada y caótica, amigos y familias se abrazan, se oyen gritos y voces en un español exuberante, la gente deja su equipaje en los enormes maleteros de unos coches de colores brillantes. La mayoría de los vehículos tienen casi sesenta años, algunos incluso más, pero su edad se nota más en el estilo que en su estado, pues la pintura reluce, los cromados brillan y el orgullo de sus propietarios es evidente en muchos de ellos.

Recorro con la mirada el mar de personas, algunas con pequeños carteles con nombres garabateados, en busca de Ana Rodríguez. Me muero de ganas de conocer a la mujer de la que hablaba mi abuela con tanta nostalgia y cariño.

«Desde pequeñas éramos inseparables. Su familia vivía en la casa de al lado y jugábamos juntas en el jardín. ¿Te he contado la vez que intenté trepar por el muro que separaba nuestras casas, Marisol?»

Siempre me imaginé la amistad entre mi abuela y Ana como una versión cubana de Lucy y Ethel, con mi abuela en el papel de Lucy, por las historias que me contaba.

—¿Marisol Ferrera?

Me giro al oír mi nombre y me encuentro cara a cara con un hombre apoyado en un descapotable azul brillante con una enorme rejilla frontal cromada y molduras blancas en los laterales.

—¿Sí?

Se aparta del coche y el bajo de su guayabera blanca aletea con la brisa cuando se dirige a mí con el paso grácil que le permiten sus largas piernas.

Me saluda en un inglés fluido y me ofrece la mano.

—Soy Luis Rodríguez. Mi abuela me ha pedido que te recoja. Siente no haber podido venir ella, pero no se encontraba bien.



Le doy la mano. Sus dedos callosos tocan los míos, su apretón es firme; su piel, cálida. Me raspa la cara interna de la muñeca con el pulgar al soltarme la mano y un temblor me recorre.

Pestañeo y entorno levemente los ojos para estudiarlo mientras me lamento por no haber prestado suficiente atención a lo que Beatriz me contaba sobre la familia de Ana.

Parece de mi edad o un par de años mayor. Mediada la treintena, quizá. Tiene mucho pelo, de un tono algo más claro que el mío —más castaño que negro—, y su piel es muy morena, y sus ojos, castaño oscuro también. Tiene arrugas alrededor de los ojos, que le aportan carácter al rostro. Una barba bien perfilada le cubre el mentón.

Tiene esa belleza particular de algunos hombres, como si la suma de sus partes, que individualmente serían sosas, creara un carisma que te obliga a detenerte y prestar atención.

—¿Tu abuela se encuentra bien? —pregunto, respondiendo en español mientras ignoro el aleteo de nervios que se ha adueñado de mi estómago.

Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa para cuyo impacto no estoy preparada, y me da la impresión de que le he hecho gracia.

—Está bien —me responde en español—. Se cansa a medida que pasa el día.

Mi abuela tenía setenta y siete años cuando murió. Ana es casi un año más mayor.

—Pero está emocionada por conocerte. Apenas ha hablado de otra cosa en estas últimas semanas.

Se agacha para levantar mi maleta grande con una mano y la bolsa de mano con la otra.

—¿Estás lista? ¿Esto es todo?

Asiento. Ignora mis protestas y mi insistencia de llevar yo misma el equipaje, y lo sigo hasta el coche, incapaz de resistir el impulso de acariciar las finas curvas del vehículo.

—¿Es la primera vez que vienes a Cuba? —pregunta tras posar la bolsa más pequeña y abrirme la puerta del copiloto.

—Sí.

Me acomodo en el gigantesco asiento y recorro el interior del coche con la mirada. Los asientos están tapizados de cuero que tal vez fuera blanco en un principio, pero que se ha vuelto color crema. Me imagino a mi abuela en un coche como este, con uno de los vestidos que he visto en las pocas fotos que quedan de su vida en Cuba. Por un momento, viajo en el tiempo.

Espero mientras Luis guarda el equipaje en el maletero y se dirige al asiento del conductor para encender el motor. Instintivamente, busco el cinturón de seguridad, pero me detengo a medio camino al no encontrar nada.

Es verdad.

He viajado en el tiempo.

—Es fascinante. ¿Has restaurado tú el coche?

—Tengo un primo que es un manitas. —Da unas palmaditas cariñosas en el salpicadero—. Esta tiene carácter, pero si la trato bien, no me deja tirado.

Sonrío.

—¿Tu coche es mujer?

—Por supuesto.

Sale a la carretera tras tocar el claxon y saludar por la ventanilla al coche que está detrás de nosotros.

Una mezcla de vehículos clásicos y otros más compactos y de aspecto moderno nos adelantan por la carretera. Algunos se encuentran en un estado casi inmaculado, como el de Luis; otros parece que se mantienen en pie a fuerza de ingenio y muchas oraciones. El coche acelera y me agarro a la puerta mientras dejamos atrás las palmeras. El vehículo es sorprendentemente rápido para los años que tiene. El viento me revuelve el pelo sobre la cara y la brisa alivia un poco el calor.

Botamos sobre algunos baches de la carretera, el firme es irregular y mi cuerpo se zarandea sin la seguridad de un cinturón. El paisaje da paso a carteles enormes que proclaman la grandeza de la Revolución cubana y la supremacía del comunismo. El rostro de Fidel Castro me contempla, seguido por imágenes del Che Guevara con una mata de pelo revuelto por el viento imaginario. Estos

son los monstruos de mi infancia y resulta extraño verlos en este contexto, venerados en lugar de vilipendiados.

—Entonces, ¿eres escritora? —grita Luis entre el ruido del viento y de los coches que nos adelantan.

—Pues sí —respondo—. Por libre, sobre todo.

Considerarme escritora me ha costado aproximadamente una década de escribir artículos para revistas y blogs, y una parte de mí todavía espera que alguien me descubra tras mi alias. Escribir no es una profesión que en mi familia se respete o comprenda. Mi sueldo no tiene muchos ceros, mi agenda es muy errática, la carrera que elegí no tiene suficiente prestigio. Lo ven como un pasatiempo excéntrico, una anécdota que sale a relucir en las fiestas, una fuente de burlas más que algo que te dé de comer. Serían mucho más felices si trabajara en Pérez Sugar... Bueno, excepto mi abuela.

La vida es demasiado corta para ser infeliz, Marisol. Para ir a lo seguro. Para hacer lo que esperan de ti en lugar de hacer caso a tu corazón. Míranos. Un día lo teníamos todo y al siguiente se derrumbó como un castillo de arena. Nunca sabes lo que te depara la vida.

Compró cuarenta ejemplares de la revista donde escribí mi primer artículo y la regalaba con una sonrisa a todo el que se cruzaba en su camino, tras explicar que su nieta había escrito un artículo excelente sobre cómo organizar tu armario que a ella le había resultado muy útil para transformar su espacioso vestidor.

—¿Y qué escribes?

Me sorprende el interés sincero en la pregunta, en lugar de la cortesía desinteresada a la que estoy acostumbrada o las bromas sobre cuándo me voy a buscar un trabajo «de verdad».

—Sobre tendencias —respondo—. Viajes, moda, comida, ese tipo de cosas. Estoy trabajando en un artículo sobre el turismo en Cuba ahora que se están retomando las relaciones.

—¿Y te gusta?

Es curioso, porque creo que es la primera persona que llega hasta esta pregunta. Normalmente la gente quiere saber dónde he publicado, si he escrito en algún sitio conocido, si tengo éxito de acuerdo con los estándares que hayan decidido que son importantes: dinero, fama, notoriedad. Me gusta más su pregunta, que ha ido al meollo del asunto: la razón por la cual escribo.

—En general, sí. Es divertido. Me gusta viajar y ver sitios nuevos, disfruto conociendo a gente nueva. Suele ser como un puzle: sé dónde voy a acabar y las palabras que voy a emplear para llegar hasta allí, pero la magia se produce cuando me siento delante del ordenador y empiezo a hilar frases para expresar lo que quiero. Siempre hay un nuevo reto, una nueva sorpresa esperándome cuando empiezo a documentarme.

Y me gusta la libertad que me da, pero eso no lo digo. Me aburre cuando paso demasiado tiempo en el mismo lugar y, aunque siempre regreso a Miami, ese anhelo tan familiar reaparece al cabo de un mes más o menos, anhelo que se ha extendido a otras áreas de mi vida desde que murió mi abuela. Su pérdida y los recuerdos que ha dejado me han hecho repasar mi propio legado: treinta y un años, soltera, sin hijos, con un trabajo que me gusta pero que no adoro.

—Entonces, ¿es con la búsqueda con lo que disfrutas?

Nunca lo había pensado así, pero...

—Sí, supongo que sí.

Pasamos delante de una pared decorada con un mural de banderas cubanas y lanzo una mirada furtiva a Luis. Tiene el brazo apoyado en el asiento de al lado, solo unos centímetros nos separan.

¿Habrá salido alguna vez de Cuba? ¿Los cubanos que se quedaron guardarán rencor a los que se fueron? ¿Les preocupará que intentemos recuperar las cosas que perdimos cuando llegó la Revolución? ¿Se marcharía él si pudiera? ¿Se preguntará cómo es el mundo más allá de la costa cubana? Es extraño estar en un lugar tan desconectado del resto del mundo, darse cuenta de que probablemente veamos la vida desde una óptica muy diferente.

—Puedes preguntarme. —Una sonrisa asoma a sus labios al echar un vistazo por el retrovisor—. Casi puedo sentir todas las preguntas que se te agolpan en la mente.

Abro la boca para protestar, pero sacude la cabeza y devuelve la mirada a la carretera.

—Periodistas...

Hay una especie de cariño complaciente en esa palabra.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, en lugar de rebatir su afirmación.

—Soy profesor de Historia en la Universidad de La Habana. Doy clases de historia de Cuba. Si tienes preguntas sobre la ciudad para tu artículo, será un placer responderlas.

—Eso estaría genial, gracias. Tengo una lista de lugares que quiero ver: el Malecón, el hotel Nacional, el Tropicana... Pero también me encantaría conocer los sitios que frecuenta la gente de aquí.

—Será un placer enseñártelos, entonces.

No esperaba encontrar un guía cuando acepté la invitación de Ana para quedarme en su casa, pero agradezco su ayuda. Además, no es precisamente un incordio que te enseñe el lugar un hombre guapo e inteligente.

—¿Qué sabes de la isla? —pregunta.

—Crecí con ella —respondo orgullosa—. El pasatiempo favorito de mi abuela era contarme historias sobre este país, la casa en la que creció, los viajes a Varadero, los bailes en las plazas. Cuba formaba parte de mi vida cotidiana: en lo que comíamos, en la música que escuchábamos... Y sigue siendo así, pero ahora que mi abuela ya no está, me parece más lejana.

—¿Tu padre nació aquí?

—No, nació después de que mi abuela se marchara en 1959.

—¿Y no ha querido venir contigo de visita?

Me encojo de hombros.

—Trabaja mucho. Dirige la empresa familiar y está muy ocupado.

Mi padre es un hombre de negocios y de acción, no dado al sentimentalismo o el autoconocimiento. Cuando las relaciones

entre Estados Unidos y Cuba se normalicen, si se normalizan, espero de corazón que se abra camino en el nuevo mercado. Pero ¿esto? ¿Rastrear el pasado de su familia? No.

—Azúcar, ¿verdad?

Asiento, preguntándome qué más le habrá contado su abuela.

—Mi abuela quería que esparciera sus cenizas aquí. Me dijo que sabría dónde hacerlo, pero después de hablar con sus hermanas, todavía no he decidido cuál sería el lugar ideal. Me dieron algunas ideas, pero me gustaría visitar los lugares y obtener mi propia impresión. Me hizo este encargo y no quiero faltar a mi promesa.

Mi abuelo está enterrado en un cementerio de Miami, pero la carta de mi abuela dejaba claro que no quería reposar en suelo estadounidense.

«Siempre dije que volvería y ahora te toca hacer que se cumpla mi voluntad, reunirme con aquellos a los que dejé.»

—Siento mucho tu pérdida. ¿Estabais muy unidas?

—Era como una madre para mí.

Asiente como si comprendiera que no lo digo por decir.

—Mi abuela hablaba de ella a menudo y con cariño. Esperaba que se pudieran reencontrar algún día.

—La mía pensaba que volvería —respondo mientras la pena se adueña de mí al recordarla. Hablar de ella es siempre un arma de doble filo. Hace que la sienta cerca, pero también noto su ausencia de un modo más agudo.

Luis toma otra carretera y veo la ciudad de La Habana por primera vez.

He visto fotos, por supuesto, pero no hay nada como verla en persona, los edificios que se alzan ante nosotros. Muchas de las fachadas están decoradas con colores vivos, como el coral, el amarillo canario o el turquesa, y el sol las baña con un brillo ámbar. Las paredes hacen juego con los colores chillones de los coches que nos rodean, aunque la pintura de las estructuras se haya desconchado en algunos sitios. Cuerdas de tender la ropa cuelgan de balcones de hierro forjado y piedra, y las prendas aletean con la brisa; el tendido eléctrico zigzaguea entre los edificios. Aquí la gente vive

amontonada, todos apiñados en cualquier espacio libre, desbordando los edificios.

La arquitectura, sin embargo, es sobrecogedora. Farolas ornamentales de hierro negro se apostan como centinelas en las aceras. El detalle en los edificios es ciertamente destacable, intrincadas tallas y filigranas decoran los pisos. Pero algunos trozos de yeso se han desmoronado, dejando huecos en los muros, y una leve sombra gris tiñe el paisaje como si toda la ciudad necesitara un buen lavado de cara.

La Habana es como una mujer que fue imponente en el pasado y que ahora atraviesa tiempos peores pero conserva restos de su antiguo esplendor, vestigios de un tiempo ya pasado, como una fotografía descolorida por el tiempo y las circunstancias, cuyos bordes se deshacen.

Si cierro los ojos, puedo ver la ciudad que fue, preservada en la memoria de mi abuela. Pero cuando los vuelvo a abrir, la realidad de casi sesenta años de aislamiento me contempla y me alegro de que mi abuela no esté aquí para asistir a la decadencia de la ciudad que tan fielmente amó.

—Antes era hermosa —comenta Luis, para mi sorpresa. Nuestras miradas se cruzan.

—Sí, salta a la vista.

—Cada año envejece un poco más —suspira y vuelve a dirigir su atención a la carretera—. Pintamos, enlucimos, intentamos que no se caiga, pero ¿un proyecto de esta magnitud?

El resto de la frase queda en suspenso entre nosotros. Sin dinero, poco pueden hacer.

—La Habana Vieja está mejor que la mayoría de los barrios. La conservan para los turistas, así que si quieres ver cómo era la ciudad, tienes que ir allí.

Los españoles fundaron la parte antigua de la ciudad en el siglo xvi. Por lo que he leído y las historias que me han contado, se divide en varios barrios, todos distintos por motivos propios. Parte del atractivo de quedarme con Ana en lugar de en un hotel es que su familia sigue viviendo en la casa contigua a la de mi abuela, la

casa en la que nacieron y se criaron varias generaciones de la familia Pérez.

—¿Qué me puedes contar de Miramar? —pregunto, refiriéndome al antiguo barrio de mi abuela.

—¿Qué prefieres, la perspectiva del profesor o la del hombre que ha pasado toda su vida allí?

—Las dos, creo.

—La historia del pueblo cubano, o al menos su historia moderna, es una historia de adaptación, de sacar el máximo rendimiento a los limitados recursos que nos permite la gran Revolución.

Hay un tono de rechazo en el modo en que pronuncia «gran Revolución», como si fuera una palabrota.

—Miramar ha sobrevivido mejor que muchas partes de la ciudad porque aquí están las embajadas. Algunas de las casas se encuentran en ruinas, pero podría ser peor. Muchos generales y altos oficiales del régimen habitan ahora las casas que antes ocupaba la cohorte de Batista, las familias más ricas de Cuba. Esta vez el rechazo queda patente. Eso es el progreso, ya ves. Nos libramos de los gusanos y mira quién se instaló en su lugar.

Me sorprende la franqueza de sus palabras y el escarnio que desprende su voz.

—Hemos abierto un *paladar* en casa —continúa Luis—. Está lleno de turistas europeos, porque la mayoría de los cubanos nunca podrían permitirse comer en nuestro restaurante si no estuviera subvencionado, debido a los altos precios que pagan los turistas... Bueno, altos para nosotros, al menos.

He oído hablar de los restaurantes informales que los cubanos han empezado a montar en sus hogares con permiso del Gobierno. Tengo una lista de los más valorados en La Habana para añadir a mi artículo, y el paladar de la familia Rodríguez es uno de ellos.

—¿Es tu abuela la que cocina?

—Principalmente. Todo el que entra en el restaurante es bienvenido como si fuera de la familia. Cada año se hace más mayor y le cuesta más, pero disfruta atendiendo a los clientes. Yo ayudo en lo que puedo.